

8

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1897 Á 1898

POR EL DOCTOR

D. ANGEL NÚÑEZ SAMPELAYO

Catedrático de la Facultad de Medicina



SALAMANCA

IMPRENTA DE FRANCISCO NÚÑEZ IZQUIERDO

1897

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE CIENCIAS
DISCURSO INAUGURAL



1897 á 1898

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EN LA

SOLEMNE INAUGURACIÓN

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1897 Á 1898

POR EL DOCTOR

D. ANGEL NÚÑEZ SAMPELAYO

Catedrático de la Facultad de Medicina



SALAMANCA

IMPRENTA DE FRANCISCO NÚÑEZ IZQUIERDO

1897

Excmo. é Illmo. Sr.



NTRAÑA tan inmensas dificultades el dirigirse á un escogido auditorio, con objeto de dilucidar alguno de los múltiples problemas de la ciencia, que aun los más sabios y eruditos, encanecidos en el trabajo del estudio y la enseñanza, reconocen su desventajosa posición en estas circunstancias y piden al eminente concurso una benevolencia que ha de necesitar, seguramente, ante el natural temor que se apodera de su ánimo, por el respeto que infunde el ilustrado público que escucha.

Hoy que un inexcusable deber académico me obliga á ocupar esta tribuna, aumentan aquellos temores, reconozco mi pequeñez é insuficiencia, me persuado de la gran responsabilidad que adquiere con el público, y pido humildemente, no una relativa tolerancia, sinó una

benevolencia absoluta, tal como la necesita el que carece de las más indispensables dotes para revestir sus discursos con las seductoras galas de la oratoria.

Cuando evoco en este instante, por uno de esos misteriosos conjuros del pensamiento, el recuerdo de los preclaros varones cuya voz autorizada y elocuente ha resonado en este sitio con general aplauso, parece como si los luminosos resplandores que brotaron de sus sabios discursos, flotando en esta atmósfera, ofuscasen mis ojos, haciéndome percibir, á través de la niebla que envuelve mi inteligencia, las desfavorables condiciones con que tiene que combatir mi pequeñez intelectual.

Además, ya lo dijo un erudito, conocido y correcto escritor salmantino, en otro solemne acto académico (1): “El que se dedica á la penosa é ingrata práctica de la Medicina, y pisa de continuo un campo sembrado de espinas y abrojos, no se siente por lo común inclinado, ni cuenta con el tiempo suficiente para hacer excursiones por el florido vergel de la poesía. Rodeado por todas partes de lágrimas, miseria, dolientes ayes y lastimeros quejidos, no es posible que atienda con preferencia á otra cosa, que á enjugar aquellas lágrimas, socorrer aquella miseria, sofocar aquellas desdichas, ahogar aquellos ayes, contener aquellos quejidos y embotar, siempre que le sea posible, el filo de la guadaña de la muerte..”

El Médico tiene igualmente la obligación ineludible de conciencia, el ímprobo trabajo de sostener en la soledad del gabinete la constante asimilación de ideas y doctrinas, para estar al alcance del nunca interrumpido perfeccionamiento de la ciencia, en provecho de la doliente humanidad, y á quien esto hace, no puede

(1) Discurso leído en la sesión inaugural de la Academia de Medicina y Cirugía de Salamanca, por el Dr. D. José López Alonso.—Curso de 1885 á 86.

exigírsele que vista sus escritos con las galas de un hermoso estilo, que ligado siempre al elemento literario, es patrimonio de los que tienen tiempo de solazarse con esas recreaciones purísimas del espíritu, no de los que presencian constantemente las enojosas realidades de la vida, y están siempre impulsados al cumplimiento de sus deberes profesionales.

Mucho he vacilado al escoger el asunto que debo desarrollar en este trabajo, puesto que la carencia de recursos y la absoluta incompetencia, hacen muy difícil la elección. Es tan vasto el estudio de la Medicina, de esa ciencia gloriosa y sublime, que persigue el árduo empeño de inquirir los más secretos arcanos, con el sagrado fin de aliviar las humanas dolencias, que ante la multiplicidad y variación de los temas que comprende, como fiel reflejo de las conquistas del moderno movimiento intelectual, se acobarda el ánimo del que tal empresa acomete, y duda en la manera de cumplir su misión acertadamente. Lo absoluto, lo abstracto, la ciencia pura, la vida, el concepto harmónico de todo lo que atañe á la naturaleza orgánica, las cuestiones técnicas nacidas de los grandes descubrimientos, el afán de las modernas sociedades de penetrar en los dominios de la filosofía, las verdades transcendentales é importantes, resultado de la investigación de los fenómenos íntimos de la naturaleza sana ó enferma; ideas son que convenientemente analizadas y expuestas, formarían un cuerpo de doctrina que, no por espinoso y árduo, dejaría de ser muy apropiado para llevar con dignidad este honroso puesto. Pero con el objeto de que no resulte monstruosa desproporción entre lo grandioso del propósito y la relativa insignificancia científica de quien haya de sustentarlo, he concedido la preferencia á un asunto útil, á la par que recreativo, proponiéndome exponer algunas consideraciones generales acerca

del *Destino de la mujer con relación á sus condiciones sociales y fisiológicas*.

La afición que profeso hace muchos años á la Ginecología, como parte de la asignatura que tengo la inmerecida honra de explicar; la tendencia á variar por completo la condición social de la bella mitad del género humano, tendencia que con el nombre de *feminismo* ocupa hoy la atención de los más importantes países; la creencia de que este punto, por su sentido técnico, grato y artístico, se harmoniza bien con la índole, carácter y fin de esta solemnidad académica, justifican la elección del tema, mucho más si se considera que las bellas salmantinas la realzan y abrillantan con su presencia.

Todos comprendemos en el fondo de nuestro espíritu la transcendencia del asunto, y su atractivo dulce y suave, al tratarse de un ser que es vida de nuestra vida y alma de nuestra alma, que está dotado de superiores encantos, y que tiene el glorioso destino de ceñir su frente con la augusta y divina corona de la maternidad. Quizás mis apreciaciones sobre un punto de tanta controversia sean erróneas, pero debo manifestar, que son hijas de un maduro trabajo de estudio y observación. Voy á exponerlas y defenderlas brevemente, cuanto mis débiles fuerzas me permitan, sin pretensiones de enseñanza, que ofenderían vuestra reconocida ilustración.

I

El Sér Supremo, al formar al hombre á su imagen y semejanza, juzgó en sus altos designios necesario formar también su compañera, para asegurar la cons-

titución de la especie humana. La individualidad del hombre, era deficiente por sí sola para cumplir los altos fines de la Divina Omnipotencia, y creó la mujer, según la expresión simbólica de los sagrados libros, de una costilla de aquel, con el indudable objeto de que, entre los dos seres formados de una misma materia orgánica, se estableciesen vínculos indisolubles que constituyeran una sola individualidad física y moral. En este conjunto harmónico debían ser los mismos las inclinaciones y los gustos, los afectos y las pasiones, las aspiraciones y las ideas, y el hombre y la mujer debían obedecer en todos sus actos, á una legítima solidaridad, fundada en la semejanza de su constitución orgánica.

Y, sin embargo, cada uno de estos dos seres ha sido dotado de diferentes atributos que, apesar de su afinidad y relaciones, parecen señalarles un distinto camino, para cumplir los fines que plugo á la Providencia confiarles.

Está muy arraigada la idea que supone á la mujer en nuestra vida social, esclavizada, arrastrando penosamente la cadena de la vida, llena de dolores, deberes y sufrimientos, sin encontrar otro lenitivo á su triste situación que el cariño de sus hijos, el afecto de su esposo, de cuyo corazón trata de apoderarse dulcemente, y las consideraciones de una sociedad, que vé en sus tiernos sentimientos y en su belleza ideal, el ser más hermoso de cuantos existen en la tierra.

Tal cuadro, que tiene más de poético y conmovedor que de real y efectivo, sirve de base á los que sólo se fundan en la unidad del Divino origen, para protestar contra la injusticia de las prerrogativas del hombre, y pedir al uso de las modernas corrientes, la rehabilitación ó reivindicación de la mujer, hasta conseguir la igualdad absoluta, tanto ante la ley, como en los de-

rechos naturales y sociales, previa la conveniente reforma en sus condiciones de educación. La injusticia que se deriva de este modo de razonar es palpable, porque ni el estado de la mujer es tan afflictivo, ni si gravita sobre ella algún deber y alguna menor libertad que la que goza el hombre, hace otra cosa que acomodarse á leyes anejas á su diferente organización, que modifican esencialmente el cumplimiento de sus respectivas funciones. El problema que plantean, por lo tanto, los que aspiran á la reivindicación de la mujer, resulta de suma y peligrosa transcendencia en el mundo, porque aun mirado exclusivamente bajo el prisma social, sería altamente perturbador para la civilización de los pueblos, patrocinar una tendencia tan radical y favorecer, sin distingos, una revolución que lucha abiertamente con las antiguas costumbres.

Todo el que huya por convicción de los movimientos retrógrados, y al rendir culto á la moderna civilización, desee dirigir sus pasos por el hermoso camino del progreso, tiene que ser partidario de todas las teorías regeneradoras y reformistas, pero es preciso que su bondad se halle en razón directa de la necesidad de plantearlas, y de las positivas ventajas que han de reportar. Jamás el capricho, aunque aparezca cubierto con el velo del progreso, nos autoriza á convertirnos en ardientes panegiristas de una idea, sin pesar en la balanza de nuestra razón sus inconvenientes y ventajas, logrando así ponernos á cubierto de la crítica, satisfacer nuestra conciencia y evitar hondas é irremediables perturbaciones.

Por eso mismo, al tratarse de ese ser tan hermoso, cuyo conocimiento exacto es un problema que se ofrece á nuestro espíritu, debemos procurar que ocupe en la tierra el destino que le corresponde, con arreglo á los altos designios de la Providencia, no aquel que nosotros

queramos concederle, siquiera en tal conducta domine la nobleza del intento, y el respeto y consideración que merece la bella mitad del género humano.

Mucho tiempo hace que se ha iniciado un gran movimiento social para favorecer á la mujer en sus derechos, equiparándolos á los que tiene el otro sexo, y de una manera gradual ha tomado cuerpo la idea, adquiriendo gran número de partidarios en los pueblos más cultos y civilizados. No es un misterio para todo el que esté al corriente de las grandes revoluciones científicas, que hoy preocupa al mundo ilustrado, lo que ha convenido en llamarse *feminismo*, que no es más que un término genérico, que sintetiza el deseo de mejorar las condiciones de la mujer, con el objeto de protegerla contra las injusticias sociales, que la colocan en estado de inferioridad con relación al hombre. Un escritor ilustradísimo (1) se ocupa recientemente de esta cuestión, y con estilo brillante, y lógica, al parecer, persuasiva, habla de los trabajos sobre el movimiento feminista y de los progresos realizados por sus defensores en algunos países, principalmente en los Estados Unidos, Australia é Inglaterra, y en menor escala en Francia y Alemania. En la notable revista que trata un asunto tan transcendental (2), se consigna lo más importante acerca de los trabajos sobre el feminismo, escritos por M. Garrett Fawcet (3), ferviente partidario del movimiento feminista inglés, por el Sr. Pascaud (4), por la Sra. Bentzón (5), por Clotilde Dissart (6) y por otros muchos entusiastas de la emancipación femenina, que

(1) D. Adolfo Posada, profesor de la Universidad de Oviedo.

(2) *España Moderna*, año 8º, núms. 95 y 99.

(3) Le mouvement féministe en Angleterre. *Revue politique et parlementaire*, Agosto 1896.

(4) Derechos de la mujer casada á los productos de su trabajo. Septiembre 1896.

(5) *Revue de Deux Mondes*.

(6) Congrese féministe de París, 1896.

ya en periódicos ilustrados, ya en congresos recientes, como los de París y Berlín, hacen espontánea y calurosa defensa, de una reforma que creen justa y prudente y muy en armonía con el progreso para libertar á la mujer de su pretendida servidumbre.

No hemos de negar, por nuestra parte, que en principio, todos debemos simpatizar con el movimiento feminista. Las contrariedades que es necesario sufrir en sociedad para sostener la lucha por la existencia; la inferioridad respecto á la mujer en el régimen económico y jurídico; los muchos obstáculos impuestos por la tradición para conseguir una relativa independencia, parecen una justificación racional, justa y equitativa de los que profesan tales doctrinas.

Esa es la causa de que la agitación sea hoy universal, y de que todo lo invada la fuerza expansiva del feminismo; pero ante la lucha titánica y lo grandioso del pensamiento, resulta la diversidad de opiniones para resolver el problema, que de ese modo continúa en estado embrionario, y por lo tanto, sin bases fijas que consoliden su definitivo planteamiento. Algunos no tienen otro objetivo y aspiraciones, que elevar el nivel social de la mujer equiparándola al otro sexo en el terreno político, legal y económico, previa una educación adecuada, pero respetando siempre la pureza de las costumbres. Otros traspasan los límites de lo permitido en toda sociedad bien organizada, y proponen medidas radicales, tan revolucionarias y violentas que, de adoptarse, serían seguramente la causa de grandes desquiciamientos y de sensibles inmoralidades (nota I).

Corramos un tupido velo sobre este feminismo exageradamente radical, ó radicalismo feminista, para cubrir piadosamente sus desnudeces, y creamos, en honor de la sociedad, que no es el llamado á imperar en nuestra patria, así como el otro que presenta algún

atractivo por aparecer envuelto en cierta atmósfera de simpatía y de justicia, triunfaría probablemente si á ello no se opusieran las tendencias de la naturaleza, y las dificultades que encuentran para conseguirlo sus más infatigables sostenedores.

Por de pronto, en los mismos centros donde se han celebrado congresos recientes para propagar estas doctrinas, hay muchos impugnadores que se han pronunciado en el sentido antifeminista. En Alemania, por ejemplo, la admisión de la mujer en los estudios universitarios, es aún en la actualidad un problema, y en Francia, si ha logrado invadir las Facultades de Medicina y Derecho, ha encontrado serias dificultades al tratar de asistir á la Escuela de Bellas Artes de París (nota II).

De todo esto resulta que está lejos de ser tan inmenso, como suponen algunos optimistas, el entusiasmo por el feminismo, y que hay falta de acuerdo é inteligencia entre sus principales preconizadores. Era necesario, para que llegase á ser un hecho, estudiar detenidamente la cuestión y adoptar lo que buenamente sea posible en beneficio de la mujer, dentro de sus aptitudes, desechando todo lo que resulte perjudicial y contraproducente, con relación á sus deberes, como parte integrante de la sociedad.

Que cada país sea partidario de una forma distinta de feminismo, como sucede en efecto en América, Australia, Inglaterra, Noruega, Francia y Alemania (nota III), no nos parece el medio más apropiado para demostrar su necesidad y para que la idea sea fecunda en ópimos y sazonados frutos. Más bien que un resultado práctico, tendrá siempre en este caso, el valor de una idea quimérica embellecida con las galas de la fantasía.

En España no nos preocupan gran cosa las ideas



feministas, y como prueba recordaremos el hecho de haber sido desestimada por mayoría en el Congreso Pedagógico de 1892, la idea de la coeducación y derecho de la mujer á adquirir la cultura necesaria para el ejercicio de todas las profesiones. Es verdad que, apesar de esto, hay algunas señoras que han obtenido honrosos títulos profesionales, pero son pequeñas excepciones de la regla general. Es cierto también que á una insigne escritora (1) se le ha facilitado el ingreso en el Ateneo de Madrid, para explicar un curso de Literatura; pero esto, lejos de suponerlo una victoria del feminismo, como afirman algunos, ó una prueba de que la mujer debe tomar parte en las elevadas manifestaciones de la actividad humana, no supone otra cosa que singular mérito y renombre en la ilustrada escritora, que ha realizado un acto desacostumbrado, aunque honrosísimo, al compartir con sabios maestros las difíciles tareas de la cátedra.

El feminismo, hay que confesarlo, ni está arraigado en absoluto en ningún país civilizado, ni puede estarlo, puesto que aun las formas más templadas luchan abiertamente con los deberes de la mujer, y con las harmónicas leyes de la sociedad en que se agita, que son fijas, imperecederas é inmutables. La experiencia y la costumbre de muchos siglos, sanciona la ley de consideración para la mujer, que envuelta en ideal atmósfera, se eleva sobre la región habitada por el hombre, para cumplir su misión sublime de ángel del hogar, de la familia y de la sociedad. Es cierto que el hombre cultiva las letras, posee las ciencias y profesa las artes, pero en cambio la mujer embellece el espinoso sendero de su vida. Es verdad también que carece del genio, las inspiraciones y los grandes pensamientos del hom-

(1) La Sra. D^a Emilia Pardo Bazán.

bre, puesto que la naturaleza la ha otorgado con economía las facultades necesarias para conseguirlo, pero ha sido pródiga, generosa y espléndida al depositar en su corazón un copioso semillero de afectos, que constituyen su principal ornamento y su más precioso distintivo. Por todos estos atributos, el tipo de la mujer resulta admirable, ocupa un puesto honroso é importante en la sociedad, y es considerada y enaltecida en todos los pueblos cultos.

En cambio con las doctrinas feministas desaparecen los encantos y atractivos de la mujer, que de reina y señora absoluta de cuanto á su esfera corresponde, se convierte en un ser esclavizado á la misma sociedad, que antes la concedía una justa superioridad moral. Las creencias religiosas, que buscamos siempre como lenitivo á nuestros infortunios, y como base de nuestra prosperidad y grandeza, vinculadas están en la mujer y ella nos las trasmite manteniendo nuestra fé, que como provechosa savia, nos anima y fortifica en las penalidades de la vida. Con el feminismo es muy fácil que se empañase la pureza, el límpido cristal de tan hermosas creencias al formar la mujer, su fiel depositaria, parte integrante de esa sociedad perturbadora y egoísta, donde las mezquinas luchas, producidas por el ejercicio de los mismos derechos, cambiarían su destino glorioso y sublime por coronas de oropel y grandezas ficticias, que la empequeñecerían á los mismos ojos de aquellos que antes la consideraban como el tipo humano de la belleza y del perfeccionamiento.

Todos los progresos de la moderna civilización, no aumentarían un átomo la grandeza que representa la mujer sólo por serlo. Dejémosla, pues, sirviendo de fuerte eslabón para estrechar los sagrados vínculos de la familia, y para que en el seno del hogar, rodeada de sus más caras afecciones, vele por los intereses y dé el

tierno y hermoso espectáculo de ejercer la virtud y el deber de la santa educación de sus hijos.

La vida pública, las competencias industriales, los disgustos y ambiciones de las carreras profesionales, las perturbaciones, azares y peligros de la política, apagarían en su corazón el fuego sagrado de donde antes brotaban las luminosas chispas del deber y del sentimiento. Y no se diga, como argumento contrario, que han existido y existen entre el bello sexo, seres privilegiados que han desempeñado honrosamente cargos públicos, orlando su frente con la borla doctoral, ó con la corona de gloria del militar, del literato ó del artista, mereciendo por sus hechos un nombre inmortal en la historia; porque precisamente el escaso número en que figuran tan esclarecidas mujeres, demuestra que no es ese el camino que debe recorrer para conseguir su felicidad.

Por todo lo expuesto se deduce que, ni el campo del feminismo está bien preparado para que germinen convenientemente sus ideas, ni debemos desear que prosperen, si han de producir hondas y lamentables perturbaciones. La cuestión se halla hoy en litigio, y como toda nueva doctrina, tiene entusiastas defensores y enemigos irreconciliables, siendo los más los que creen que hay más razones en contra que á favor de las ideas feministas. Entre las razones en contra hemos prescindido intencionalmente de mencionar algunas, discutibles en el terreno jurídico, porque no considerándolas de nuestra competencia, deben ser resueltas por personas más doctas y peritas, pero hay otras, de la jurisdicción del Médico, que señalan en el feminismo algo que lucha con las más rudimentarias leyes de la moral y de la higiene.

El trabajo, por ejemplo, á que se somete á la mujer, según los principios sustentados por el partido obre-

ro belga, y por todos los grupos socialistas, que confunden lastimosamente entre sus reivindicaciones las del feminismo, y que no tiene otro objetivo que aumentar el caudal de la familia, es una prueba irrecusable de lo que dejamos expuesto.

Los discursos de F. Hítze sobre el problema social, ponen bien de manifiesto el cruel abandono de los hijos por este sistema, sus consecuencias, y el influjo pernicioso de los trabajos rudos sobre la madre y los niños, cuyos débiles organismos no están convenientemente preparados para soportarlos (nota IV).

También demuestra el mismo autor el gran perjuicio que sufre la moral en este concepto, tanto en lo concerniente á la mujer como á los niños (nota V), y como estas demostraciones las hace con razones fundamentales y poderosas, debieran ser suficientes para moderar el irreflexivo entusiasmo de los que sólo consiguen con sus elucubraciones, agostar en flor naturalezas vírgenes, que encuentran la muerte cuando debieran gozar de vida exuberante y prolongada, y nutrir las inteligencias con principios, máximas y ejemplos que conducen necesariamente, á un estado deplorable de corrupción moral.

En buen hora que sea la mujer igual al hombre ante la ley; que se la proteja y defienda en sus derechos naturales; que se aumente en lo posible la esfera de sus atribuciones, concediéndola el ejercicio de aquellos destinos que la experiencia ha demostrado puede seguir desempeñando con ventaja, y sin detrimento de las consideraciones que el sexo merece (1); pero procuremos siempre no separarla mucho de la atmósfera en que vive y que, constituyendo su horizonte natural, no se ven en él más que claras estrellas y brillantes puntos lumino-

(1) Por ejemplo: maestra, telefonista, telegrafista, matrona, etc.

sos, dispuestos á cubrirse fácilmente de oscuros celajes y vagas nebulosidades.

Consideremos á la mujer, en fin, como una de las piedras angulares que sirven de fundamento al edificio social, y así como en la humana naturaleza las moléculas y los átomos se hallan enlazados en los seres orgánicos, como condición indispensable para constituir la vida, así en la sociedad debe haber el conveniente enlace en los seres que pueblan la tierra, si queremos conservar el equilibrio, que estableció al formar el mundo, el Gran Legislador del Universo.

III

Si en las manifestaciones de la vida social existen diferencias radicales entre uno y otro sexo, que les impulsa á cumplir distinto destino, en la experimentación fisiológica tenemos un firme baluarte, para demostrar esta verdad de un modo categórico y concluyente.

Al establecer la Fisiología esas diferencias, que constituyen un conocimiento efectivo para todo el que, ayudado por la observación y la experiencia, consigue poseer en este punto algo de verdad y certidumbre, claro está que bajo el concepto lógico, cada individuo tiene su esfera de acción, sin que puedan separarle de ella los que meditan en movimientos revolucionarios, tan incomprensibles, como difíciles de llevar al terreno de la práctica.

Equivocados están los que afirman que no se puede argumentar en esta cuestión desde el terreno fisiológico, puesto que es el único que nos debe hacer comprender,

con hechos evidentes y palpables, la imposibilidad de que la mujer ejecute actos distintos de aquellos para los que está preparada por su exquisita y particular organización. Estos hechos, por lo tanto, alcanzan más autoridad que las teorías y los razonamientos, envueltos en las tinieblas de la duda, y sin otro valor que el que podemos conceder á las elucubraciones y los idealismos.

El convencimiento, respecto al destino de la mujer en sociedad, debe fundarse, principalmente, en el perfecto estudio de su organización, tanto en la manera de combinarse sus elementos, cuanto en su predominio é influjo sobre la economía en general.

La materia y el espíritu, el cuerpo y el alma, perecedero el primero, inmortal la segunda como el cielo de donde vino, deben ir unidos en admirable concierto, y estar dotados de absoluta identidad, si queremos tener también identidad en el terreno físico y psicológico, en los actos de la vida, y en el ejercicio de todas las funciones.

Y para demostrar la falta de igualdad en el terreno físico, no hay más que comparar la belleza de los colores, la suavidad de los contornos, la esbeltez y flexibilidad de la mujer, con la dureza de las formas, la excesiva energía muscular, y la menor suavidad de los movimientos en el hombre. La estatura de la mujer es menor, generalmente, su cuello más largo, los miembros inferiores más cortos, los piés más pequeños, las manos delicadas, suaves y nutridas, la piel lisa, tersa y diáfana, el tegido celular abundante, los huesos pequeños y ligeros, las costillas más anchas, las clavículas más cortas, las fosas iliacas más espaciaosas, lo mismo que el estrecho superior y la excavación de la pelvis; todo está, en una palabra, admirablemente dispuesto para el cumplimiento de funciones especiales é importantes.

Sólo en la primera época de la vida, presentan los

dos sexos caracteres análogos, y no obstante, si un hábil observador trata de apreciar las diferencias, puede demostrar que existen, puesto que aquella igualdad en la fisonomía y en la delicadeza de los órganos, es sólo aparente, velada por modificaciones efectivas, aun cuando apenas perceptibles. Conforme se aproxima la adolescencia, van acentuándose cada vez más las aptitudes para el cumplimiento de su destino, notándose en las niñas una facilidad sorprendente para expresar sus ideas y deseos, por medio de expresiones, á veces poco correctas, pero suficientes para indicar de un modo gráfico su pensamiento. Las niñas se diferencian, además, del otro sexo, por el gracioso y fácil juego de sus movimientos, la delicada excitabilidad de sus órganos, su aspecto inteligente, su precocidad para apreciar y distinguir las sensaciones, su rápido desarrollo, su obediencia y sumisión, y lo efímero de sus pesares y alegrías.

Estas diferencias llegan por fin al máximum de su apogeo, cuando el organismo femenino se halla en la plenitud de sus facultades, que es en la brillante, á la par que borrascosa, época de la pubertad. Entonces la niña se ha convertido en mujer, el capullo nuevamente abierto figura entre las flores, según la feliz expresión de un distinguido autor contemporáneo (1), y en la metamórfosis que ha experimentado, aparecen en todo su esplendor los hermosos rasgos físicos que la caracterizan.

Conocidos los detalles y notables diferencias entre los dos sexos, es de la competencia del fisiólogo aplicarlas á las necesidades de la vida, con objeto de señalar el destino que á cada uno incumbe, siendo el único que pueda dilucidar este punto importante sin prejuicios

(1) D. José de Arce y Luque.—Tratado completo de las enfermedades de las mujeres.

ni hipótesis, y con perfecto conocimiento de los hechos. Es verdad que el tipo de belleza corresponde á la mujer, pero es á expensas del desarrollo de las fuerzas físicas, disminuidas en ella con rarísimas excepciones.

Una de las causas que contribuyen más á su debilidad es el temperamento que, lejos de tener los atributos del sanguíneo, como pretendieron los autores antiguos, presenta todos los caracteres del linfático, con notable predominio del sistema nervioso, y sus naturales consecuencias de sensibilidad y movilidad excesivas y gran predisposición morbosa (nota VI).

La corrección de las formas exteriores, las morbideces y líneas ondulantes, las proporciones finas y agradables de todas las partes del cuerpo son, indudablemente, genuinas manifestaciones de un temperamento linfático acompañado, como es natural, de una notable deficiencia de las fuerzas físicas.

En este punto hay conformidad absoluta en el juicio formado por los fisiólogos; el predominio nervioso hace á los sujetos más impresionables y en ellos se verifican más fácilmente las percepciones. El desarrollo del sistema linfático indica la abundancia de los jugos blancos, que dan cierta flojedad á los tegidos, curvaturas de extraordinaria suavidad á los contornos, delgadez á las fibras musculares, tersa blancura al tegumento, y blandura, pequeñez y delicadeza extrema á los vasos, nervios, tendones y ligamentos, circunstancias muy poco apropiadas para poner en juego las fuerzas motrices, que parecen ser el atributo peculiar del hombre.

Si á esto se añade, el destino de la mujer con relación al desempeño de funciones propias importantísimas, que al verificarse, producen un gran desgaste en el organismo, y la existencia de padecimientos propios y especiales, se comprenderá fácilmente que la mujer

tiene en sí misma condiciones debilitantes, que precipitan el curso de su vida por una pendiente rápida, en comparación con lo que sucede en el otro sexo.

En una palabra: la constitución de las mujeres está formada para algo muy hermoso y transcendental, pero no para ejercer esfuerzos considerables ni violentos ejercicios. Su débil cuerpo no puede, á menos que una necesidad imperante la obligue, soportar trabajos duros y continuados por largo tiempo. Las gracias, como dice Roussel (1), se acomodan mal con el sudor y la fatiga, y un trabajo excesivo desfiguraría á la mujer hasta el punto de hacerla perder sus finos colores, y la belleza encantadora de sus contornos.

Algunos han atribuido las diferencias físicas entre el hombre y la mujer al efecto de la educación ó de la distinta manera de vivir, pero, sin negar cierta influencia á estas causas, se comprende que están prefijadas por la naturaleza, y supeditadas á un orden superior que estriba en la distinta misión que cada uno de los dos seres tiene que cumplir sobre la tierra.

III

Expuestas á grandes rasgos las principales diferencias físicas entre los dos sexos, conviene reforzar el cuadro, trazando en breves pinceladas cuanto corresponda al carácter moral y á las facultades intelectuales de la mujer, como medio de comprobar las especiales funciones que debe ejercer en la familia y en la sociedad.

(1) Sistema físico y moral de la mujer.

Sólo la influencia del aparato generador, sobre todo el organismo, principalmente en las épocas de gran actividad funcional, sería suficiente para convencernos de que este gran centro de vida se sobrepone con facilidad á la acción reguladora del sistema nervioso, modificando unas veces, y perturbando otras, el libre ejercicio de las principales funciones.

Su relación por medio de grandes plexos con el gran simpático, aparato nervioso que preside á la vida vegetativa, y con la médula espinal, cerebro y cerebelo, centro de la vida de relaciones y el último, ordenador de los movimientos, y regulador de las funciones genésicas, explica perfectamente su predominio sobre todos los órganos de la economía.

Por eso, desde los tiempos de la medicina hipocrática se ha considerado el aparato generador como el cerebro de la mujer, adquiriendo carta de naturaleza las gráficas frases de Van-Helmond: "Propter uterum mulier est id quod est," modo lacónico, pero expresivo, de significar la poderosa influencia de dicho aparato sobre el sistema nervioso en general, y el enlace y encadenamiento que existe entre él y los grandes centros de la vida.

Como demostración de esta verdad recordaremos que, en el momento que se exagera la actividad orgánica del aparato reproductor, conmueve y perturba sensiblemente las más principales funciones, pudiendo citar como prueba irrecusable lo que ocurre en las ovulaciones periódicas. Cuando estas funciones, verdaderas válvulas de seguridad en la mujer, van acompañadas de gran orgasmo y actividad fluxionarias, transpasando los límites fisiológicos, se convierten en elemento perturbador, haciendo languidecer las funciones asimilatrices, trastornando la vida sensitiva y motriz, y perturbando en ocasiones hasta las facultades intelectuales.

Tal es muchas veces la historia y la causa antecedente de la cloro-anemia é hipoglobulia, de la terrible enfermedad del histerismo con sus variadas formas y violentas convulsiones, y de los cambios notables de carácter, de los extravíos de la razón, y acaso de las verdaderas alienaciones mentales. Es entonces el aparato útero-ovárico, según la feliz expresión del Dr. Sarasa (1), una especie de aparato electro-magnético, con su depósito, sus acumulaciones y hasta sus explosiones. ¡Comparación ingeniosa que prueba el poder absorbente del centro generador y su influencia sobre la inervación encéfalo-raquidiana y trisplánica!

No son necesarias esas alteraciones funcionales, para que se manifieste una acción perturbadora que pruebe ese poder absorbente y centralizador, y explique la causa de las modificaciones que se observan en las funciones sensoriales de la mujer, muy distintas de las del hombre, según lo demuestra la ciencia y la constante observación. Los caracteres psíquicos y fisiológicos que le son peculiares, podemos considerarlos, por lo tanto, como un efecto natural de la influencia que hemos explicado y que la ciencia reconoce. El peso del cerebro, las diferencias en las celdas nerviosas que forman las substancias blanca y gris como partes elementales de la cerebral, nada nos explican respecto á las modificaciones sensoriales de la mujer con relación al otro sexo. Según los cuadros de Broca y Wagner y lo observado por todos los anatómicos, el cerebro del hombre es de mayor peso que el de la mujer, á lo que se atribuye en ésta su inferioridad física é intelectual.

Esta doctrina tendríá su valor, si la base que la sirve de fundamento fuese siempre una verdad, pero no puede admitirse si se tiene en cuenta que, según las ob-

(1) Discurso sobre el histerismo en la Sociedad Ginecológica Española, año 1876.

servaciones de Broca, se ha comprobado la existencia de seres dotados de la misma inteligencia con cerebros desiguales en peso, y hombres superiores con cerebros menos pesados, que aquellos que correspondían á individuos de menor capacidad intelectual.

Lo mismo ocurre con las circunvoluciones cerebrales. Si la substancia gris asume en sí misma toda la actividad nerviosa, y si esas circunvoluciones con sus repliegues aumentan la cantidad de dicha substancia, repartida sobre la superficie cerebral, ¿no podría juzgarse que á mayor cantidad de substancia gris, tenía que corresponder mayor desarrollo intelectual, y que la mayor ó menor inteligencia estaría subordinada al número de circunvoluciones cerebrales? Esto parece lo lógico, y sin embargo hay seres de escala inferior de gran tamaño, ricos en circunvoluciones, mucho menos inteligentes que otros, dotados de muy distintas condiciones (nota VII).

En lo que respecta á la mujer, bastan las modificaciones fisiológicas antes expuestas, para comprender su diferente actividad intelectual, y en lugar de atribuir-la á cambios anatómicos é histológicos, sin comprobación hasta la fecha, apesar de los adelantos de la Ciencia, preferimos hacerlo hasta que otra cosa no se demuestre, al predominio orgánico que antes dejamos indicado.

Entre las modificaciones sensoriales de la mujer, citaremos en primer término, las que se refieren á su carácter impresionable, que la dá cierta movilidad de que carece el hombre. La risa, el llanto, el abatimiento y la animación, la tristeza y la alegría, se suceden con una rapidez asombrosa, sin dejar generalmente las huellas propias de las duraderas manifestaciones del sentimiento. Tiene una viveza extremada, que se distingue por su facilidad en expresarse, su oportunidad é ingenio

para concebir ideas y recursos, que la faciliten una salida airosa en las críticas situaciones de la vida. Generalmente es de carácter expansivo, confiado y tímido, y solamente demuestra un valor rayano en temeridad, en las situaciones que la afectan profundamente, que hieren su dignidad, ó perjudican á las personas en quienes ha depositado su cariño. Las espartanas dominadas por el sentimiento de la patria; los excesos de crueldad y venganza que se han visto á veces contrastar con los tiernos y piadosos afectos de la mujer, como sucedió en la revolución francesa, en que varias mujeres contribuyeron á la hecatombe de Septiembre de 1792. Carlota Corday, asesinando á Marat en el baño por haber producido la muerte á su hermano. Mariana Pineda, entusiasta y víctima de la libertad, que entregó su vida á los veintisiete años á sus feroces verdugos. D^a María la Brava, insigne salmantina, que no descansó hasta tener en sus manos las cabezas de los asesinos de sus hijos, son una prueba evidente de la exaltación á que puede llegar la mujer en los paroxismos del dolor ó de la desesperación.

Se observan en ella algunas debilidades, entre las que resaltan la vanidad, el lujo, y el agrado con que escucha las lisonjas, pero hay que disculparlas, puesto que están suficientemente compensadas con sus grandes virtudes. No hay que olvidar, en efecto, que ella es la que presta consuelo al ánimo abatido del hombre en los graves infortunios de la vida, la que cumple perfectamente los altos deberes que impone el cuidado de la familia, la que aviva nuestra fé religiosa, la que se inclina al bien dedicándose al ejercicio de la santa y sublime virtud de la caridad.

Como puede observarse, en la mujer se desenvuelven en gran escala los afectos, así como en el hombre dominan las facultades reflexivas. No es propensa por

su misma debilidad, y lo movible de su imaginación, al estudio de las ciencias abstractas, ni á inquirir la verdad por el intermedio de trabajos elevados y trascendentales; pero en cambio, de su particular organización se derivan los sentimientos dulces y afectuosos, que constituyen su principal carácter.

La mujer está dotada generalmente de una exquisita sensibilidad; las causas más insignificantes la afectan profundamente, y sus sentidos revelan una finura perceptiva, que influye mucho en su imaginación. La vista y el oído, efecto de su gran susceptibilidad, resisten con trabajo las fuertes impresiones de la luz, y los sonidos estrepitosos. Su paladar fino y delicado, se acomoda mejor á las substancias suaves y azucaradas, que á las bebidas alcohólicas y á los manjares succulentos. La finura y delicadeza del olfato, la hacen excesivamente aficionada á las flores y á los perfumes gratos de suave aroma.

De esta eminente cualidad perceptiva resulta la velocidad de la imaginación de la mujer, el modo particular de exponer sus sentimientos, la fecundidad de su lenguaje, y la fácil salida que encuentra en los lances más apurados de su vida.

La penetración de la mujer es tan exquisita, que de ella se deriva esa especie de facultad de adivinación tan conocida y comentada en todos los tiempos, que la hace muchas veces presagiar recelos ó futuros acontecimientos, como si estuvieran dominadas por una superior acción sugestiva. Junia adivinando la secreta perfidia de Narciso; los triunfos de las Sibilas y Pitonisas en la antigüedad, son ejemplos perfectos de cuanto queda manifestado. A esa misma imaginación, se debe la aptitud de algunas mujeres para la literatura y las bellas artes, pudiendo citar, entre otras muchas, á nuestras compatriotas D^a Oliva Sabuco de Nantes, D^a Isidra

de Guzmán, D^a Beatriz Galindo, D^a Gertrudis Gómez de Avellaneda, D^a Josefa Estévez, D^a Emilia Pardo Bazán y D^a Blanca de los Ríos de Lampérez.

Entre todos estos ejemplos, sobresale el de la gran Santa é insigne escritora, gloria de España, honra de su sexo, de imaginación creadora, de ferviente fé religiosa, de divino talento, de eminentes virtudes, de fuerza de voluntad inflexible, Santa Teresa de Jesús. El luminoso reflejo de su ingenio, lo poco común de su celestial inteligencia, la brillante fantasía de sus escritos, sus maravillosas intuiciones, acompañadas de transportes místicos, y de éxtasis y arrobamientos religiosos, revelan un ser completamente excepcional, que al recibir divinas inspiraciones, cumplió sin duda los altos designios á que la destinó la Providencia.

La imaginación de la mujer es, como se vé, brillante, lozana, creadora, por lo que muestra una aptitud extraordinaria para la música, la pintura, la poesía, ó sea para todo lo que tiene por tipo ideal la belleza; pero no debe olvidarse que, aun cuando esta facultad se halle muy desenvuelta, falta la necesaria armonía en el consorcio que debe existir entre las demás facultades de la inteligencia, y aun cuando una aparezca dominante y desenvuelta, si no lo están las demás en el mismo grado, mal pueden producirse grandes obras artísticas y filosóficas. La imaginación femenina, puede compararse á un ameno vergel lleno de flores, pero su potencia creadora, rara vez concebirá las grandes epopeyas de Homero, Virgilio ó Dante, los hermosos cuadros de Murillo, Rafael y Fortuni, y las magníficas basílicas de Herrera y Miguel Angel. Podemos decir que la mujer es más propensa á sentir que á crear.

Estas consideraciones nos conducen á admitir en la mujer, bajo el aspecto psicológico, variedad grande en las facultades sensibles, de la que nace su gran impre-

sionabilidad, derivándose de esta última su sensibilidad cognoscitiva, ó perceptiva, ó afectiva. Por la primera, adquirida por los sentidos, aprecia mejor que el hombre los objetos sensibles, y las cualidades materiales de los cuerpos, descubriendo en ellos hasta lo que parece más imperceptible. Por la segunda, que la imprime un sello característico, es la mujer un manantial inagotable de afectos, que cuando no son exagerados, constituyen su más preciado tesoro, contribuyendo mucho á la consideración de la sociedad.

El amor, que es la pasión dominante en la mujer, es la mejor prueba de la inclinación de su espíritu, á todo lo que constituye bondad y belleza. Encuentra dulce y grato el cumplimiento de sus deberes religiosos, porque ama á Dios como soberano bien, y creador sublime de todo cuanto en el Universo existe, derivándose de aquel amor divino, el amor humano que profesa al hombre, que como parte integrante de la humanidad es obra de Dios.

Este amor divino, es para la mujer un manantial inagotable de grandes dichas y dulcísimas delicias, y es el amor que ha dado al cristianismo Santas llenas de ternura hacia el Supremo Sér, que hoy ocupan nuestros altares, y pueden considerarse como verdaderos portentos de virtud. Por ese amor brotó la preciosa sangre de bastantes mujeres mártires. Por lo mismo muchas han hecho el sacrificio de su libertad, encerrándose en solitario claustro, renunciando espontáneamente á las pompas y vanidades del mundo, abandonando su fortuna y comodidades, hasta verlas sustituidas por la miseria y las mortificaciones.

Ahí están esas preclaras Hijas de San Vicente de Pául, en los hospitales, hospicios y cárceles; su misión es consolar al que sufre, ejerciendo la sublime virtud de la caridad, que como dón del Cielo, cae como un

maná glorioso y benéfico sobre la cabeza de los desgraciados.

Ahí están también las Hermanitas de los Pobres, institución benéfica fundada por el Abate Le Pailleur, consagrada á la dolorosa tarea de cuidar á los ancianos abandonados, é incapaces de socorrerse á sí mismos. Sin rentas ni criados, fiadas exclusivamente en la Divina Providencia, y en los corazones generosos que latén al unísono, cuando de acciones caritativas se trata, salen por aldeas y ciudades pidiendo humilde y modestamente una limosna para sus pobres huéspedes, siendo raro, que no vuelvan á la casa con los elementos necesarios, para que los ancianos no experimenten privaciones, de las que ellas participarían igualmente, porque también viven de la bendita caridad. Por fortuna no les falta el pan cotidiano para repartirlo con sus pobres, porque Dios, á quien encomiendan su admirable empresa, no las abandona jamás (1).

Todas estas mujeres, verdaderas heroínas de la caridad, viven, como dice un eximio autor (2), “en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecunda la tierra, y los males son herencia de que participa toda la humanidad. Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor, flota lo mismo en las regiones del polo, que en las abrasadas llanuras del ecuador.”

La mujer, según se desprende de estas ligeras consideraciones, hace el bien donde puede, no por el fútil placer de hacerlo, sinó impulsada por su gran fé religiosa, que la hace ver, que en esa ansia vehemente de ejercer el bien, en ese bello ideal revelado en todas sus

(1) La mujer en la humanidad.—Obra escrita por D. Julián Alcaráz.—Biblioteca de la *Ilustración Ibérica*.

(2) D. Severo Cataline.—La mujer.

acciones, existe la bendita y sublime caridad, que es el amor de Dios, quien se encargará, de seguro, de recompensar largamente aquellos actos de abnegación y de heroísmo.

IV

Las mujeres no aman solamente á Dios, aman también al hombre, sobre todo á aquel que se une á ellas con los lazos del matrimonio, vínculo sagrado que identifica dos existencias, que deben marchar dulcemente por el áspero sendero de la vida, consagradas á una felicidad mútua y recíproca, si quieren que esa unión sea tan hermosa y tan grande, como se propuso Jesucristo al elevarla á la categoría de Sacramento.

Desde que la mujer se transforma, pasando el período de los goces inocentes y puras alegrías, en que su imaginación la retrataba los objetos con los más risueños colores, ya no parece la misma. Ya no es la niña de sexo equívoco que participa de los juegos, del carácter, de las inclinaciones del niño. Es la joven que despierta al sentimiento del pudor, y que está bajo la influencia de una tierna melancolía, que puede considerarse como precursora y mensajera del amor.

Esa necesidad de amar, innata en la mujer, como todo lo demás que incumbe á su carácter moral y á sus facultades intelectuales, está bajo la influencia de las irradiaciones simpáticas del aparato útero-ovárico, y buena prueba es, que cuando éste llega á su mayor actividad, es cuando precisamente se manifiesta esa necesidad irresistible, que impulsa sus acciones, y acaso

estimula y provoca sus grandes hechos, y sus notables virtudes.

“Suprimid el amor en la mujer, dice un excelente autor contemporáneo (1), y sería una estatua muda; sus ojos perderían su belleza y expresión; la fisonomía sus encantos; la risa su gracia; la palabra su dulzura.., El rico venero de sentimientos de su corazón, tiene necesidad de desplegarse, y de fijarse en algún objeto para purificarlo y engrandecerlo. Por eso ama á Dios en el claustro, y por eso también, á impulsos de su corazón, ama al hombre y se une á él con vínculos indisolubles. Por eso también ama á sus hijos con cariño tierno y acendrado, sacrificándoles sus goces, placeres y deseos, y por eso, en fin, ama á sus padres, á sus parientes, deudos y amigos, y á todos los seres y objetos, dignos de que se revele en la mujer esa noble inclinación de su alma.

El amor al hombre, se ha considerado por algunos como expresiva correspondencia á una sensible galantería, ó como una necesidad vulgar, supeditada á deseos puramente sensuales, y eso no es exacto. El concepto del amor humano, debe ser más elevado. No es otro, sin duda alguna, que el que se deriva de la compenetración de dos almas en una, con las mismas penas y placeres, dispuestas siempre al sacrificio, por conservar en toda su pureza la intensidad de un afecto, que con sus dulces goces y delicias, forma un paraíso, tra-sunto fiel de la celeste felicidad.

La mujer, es fiel al objeto amado, y puede decirse que no ama más que una vez en la vida; si su amor es correspondido, su dicha no tiene límites; pero si su amor es desdeñado, la nube negra de la infelicidad se cierne

(1) Dr. D. Francisco Alonso y Rubio.—La mujer bajo el punto de vista filosófica, social y moral.

sobre su cabeza; se marchita lentamente su salud, desapareciendo las frescas rosas de sus mejillas, y todos aquellos admirables atributos, con que el pincel del Divino Artífice embelleció su organización.

El hombre que recorre en la tierra un camino árido y penoso, que realiza prodigios de trabajo con firme voluntad y admirable perseverancia, que está siempre sometido á difíciles empresas y graves cuidados, debe tener á su lado un genio benéfico poderoso que embellezca su vida, le aliente en sus desgracias, le dé resignación cristiana para sufrirlas, y despierte en su alma los más grandes y nobles pensamientos.

No se concibe al hombre sin la mujer, creyendo algunos con el maestro italiano Guillermo Ferrero (1), que la que no se casa, constituye lo que él llama un tercer sexo, en que la mujer pierde sus bellas cualidades, y hace lo mismo que el hombre en todas las esferas de su actividad. Según dicho autor la mujer cambia la personalidad femenina, con la supresión del amor y de la función maternal, y es incompleta por el hecho solo de no haber logrado ser madre, ni esposa. Cree que la mujer, exenta del cumplimiento de las funciones reproductoras, ahorra una gran cantidad de fuerza psíquica y fisiológica, que la hace adquirir en este concepto, una superioridad incontestable sobre las demás mujeres y aun sobre los hombres. No seguiremos al autor en sus elucubraciones, debiendo pensar que las consecuencias que deduce de su caprichosa teoría, rara vez se ven confirmadas en la práctica (nota VIII).

Si como esposa brilla la mujer, puesto que hace más dulce y tolerable la vida del hombre, brilla más aún en lo que se refiere á sus deberes como madre. Está predispuesta, como hemos visto, á toda clase de amor,

(1) *Revue des Revues.*

por las condiciones propias de su naturaleza, pero puede asegurarse con la energía de una íntima convicción, que el amor más grande de la mujer es el de madre. Por sus hijos no hay acto virtuoso que no ejecute, ni crimen á que no se muestre predispuesta, si de salir á su defensa se trata. Nada más bello, nada más ideal y poético, nada más augusto, nada más sublime que la madre, ya consideremos como tal la que nos alimentó en sus entrañas con su propia vida y su misma sangre, ya recordemos á la Madre Virgen inmaculada, que al dar á luz al Dios Hombre, hizo extensivo á las demás madres el respeto, la consideración, las bendiciones, la grandeza incomparable que puede ostentar orgullosa la que fué investida de tan hermoso título. Nada hay más digno, de vivo interés, ni tiene más títulos de consideración que la maternidad, vinculada en un ser débil y sensible sí, pero grande, por el destino que le ha confiado la naturaleza, que es darnos la existencia y conservarla con sus tiernos cuidados. ¡Bendita sea la madre, que si es en la sociedad y en la familia la base de todo lo grande y justo, es porque forma el corazón del hombre, y le predispone á toda acción generosa y humanitaria! (nota IX). No lo dudéis las que tenéis la dicha de llamaros madres. Vuestro celo es el emblema de un poder soberano; es el atributo de algo muy grande que infunde veneración y majestad.

Creo que basta con lo indicado en este rápido trabajo, para comprender todas las cualidades que adornan á ese ser tan importante en la sociedad, que al proporcionarnos algunas horas de fruiciones dulcísimas, alivian como precioso bálsamo nuestros sufrimientos en la triste peregrinación por la tierra. Creo haber demostrado, las grandes diferencias que existen entre el hombre y la mujer, consistiendo la diferencia radical en el excesivo predominio en la última de sus órganos gené-

sicos, sobre los centros comunes de la vida, lo que produce una organización rica en sentimiento, pero pobre en el desarrollo de las fuerzas físicas. Es la mujer, como decía en otra ocasión desde esta misma tribuna (1), un ser en que el valor consiste en su propia debilidad. Su corazón forjado al fuego del sentimiento no comprende que se pueda venir al mundo sinó á amar. En el hombre, su genio fecundo, su ambición extrema, sus pasiones violentas, su circulación viva y su nutrición extensa, le hacen vivir, como dice un gran escritor, la vida de la sangre, mientras que la mujer vive la vida de los nervios. Para el primero la vida es la fuerza, para la segunda la vida es el sentimiento.

Demostrado que la mujer no puede rivalizar con el hombre en ciencia, por el predominio de sus facultades afectivas sobre las reflexivas, ni en el desarrollo de las fuerzas físicas, por haberla dotado la naturaleza de una organización poco fuerte y vigorosa, ¿se atreverán los ardientes partidarios del feminismo, á seguir sosteniendo, que la mujer y el hombre deben ejercer idénticas funciones en la familia y en la sociedad? Si así fuese, nos apartaríamos de la senda trazada por la naturaleza, y al conceder á la mujer los derechos sociales y políticos, tan discutidos como deseados por muchos que no han tenido en cuenta sus inconvenientes, perdería la mujer más que ganaría con la consecución de tales derechos.

Nada más justo, cómo se dice en otra parte de este trabajo, que la mujer sea igual al hombre ante la ley, y que encuentre defensa y protección en sus derechos naturales y sociales, pero nada más perturbador, que conseguir para los dos sexos el ejercicio de las

(1) Discurso leído en la sesión de apertura de la Academia Médico-Escolar el día 1º de Noviembre de 1890, sobre el tema: «Ventajas de la asepsis y antisepsis en el tratamiento de las enfermedades puerperales.»

mismas funciones. La igualdad absoluta, que es la base del problema que hoy agita á poblaciones importantes del mundo, es imposible. La naturaleza misma nos lo prueba, y si los que han pensado en una reforma tan radical, hubiesen estudiado bien la organización de la mujer, se convencerían de su error, y no formarían proyectos utópicos, imposibles de llevar al terreno de la práctica.

Pero es preciso terminar este trabajo, que no es otra cosa que un torpe y ligero esbozo de un asunto que por su importancia merecía un cuadro de grandes dimensiones, con pintura de perfiles delicadísimos. En él se desarrolla una gran idea, empequeñecida por mi insuficiencia, pero grande al fin en su fondo, y en su tendencia á servir de dique poderoso, á una sociedad que marcha por el camino del excepticismo y del rebajamiento moral.

En una época como la presente, en que algunas conquistas del progreso, no tienen otro resultado que acabar de romper los lazos de la sociedad y la familia, sujetos ya, desgraciadamente, por hebras finísimas de escasa resistencia, justo es prevenirse contra el oleaje que todo lo invade y destruye, luchando con el valor necesario, contra las fuerzas abrumadoras, que en su marcha vertiginosa, amenazan destruir la fuerza moral, que representa la sagrada piedra, que sirve de asiento á toda sociedad bien organizada.

La mujer que es para el hombre el genio del bien, que despierta en él los grandes pensamientos, que le hace ambicionar la gloria y despreciar los peligros, que constituye el objeto de sus más gratas ilusiones, está expuesta por los progresos y el espíritu de la civilización moderna, á luchar con el hombre de igual á igual, y á perder la autoridad suprema que ejerce en el seno de la sociedad y la familia.

Meditemos acerca de las verdades que á la ligera quedan indicadas, y seguramente no desearemos ver descender á la mujer del solio á donde la naturaleza y sus virtudes la elevaron, ni arrancarla el cetro de su santa dominación en el santuario del hogar doméstico. Los más entusiastas patrocinadores del feminismo radical, es probable que se arrepintiesen después de conseguido el triunfo de sus ideas, y movidos por un secreto impulso; convencidos por los hechos, factor el más importante para desechar de la inteligencia toda clase de preocupaciones, volverían de nuevo á colocar á la mujer en el sitio que por derecho la corresponde. Con esto rendirían un homenaje de justicia, admiración y respeto, hacia ese ser que tanto interesa á la felicidad del género humano y que, despojado de su influencia en el mundo, siendo igual al hombre en deberes, derechos y obligaciones, resultaría empequeñecido, creándose entre los dos sexos una funesta rivalidad.

Yo os agradezco en el alma, hermosas damas salmantinas, vuestra presencia en este sitio, que me ha dado aliento para hablar de vuestras virtudes, y de otras relevantes cualidades que os embellecen, no para defenderlas, que eso sería tanto como dudar de ellas é implicaría una gran ofensa, sinó para proclamarlas y ponerlas de relieve como las proclama todo el mundo. Es consolador para la sociedad, que en medio del indiferentismo en que vivimos, aparezcáis vosotras siempre como hadas benéficas, á consagrar vuestra inteligencia, vuestro corazón, vuestras energías, los fuegos de vuestra alma, á la defensa de los intereses morales y á ejercer la virtud de la caridad, que al ensalzarla antes, pensé en todas las mujeres del mundo, pero muy especialmente en las damas salmantinas, cuya caridad es inagotable. En vosotras, sí, que rodeadas de los divinos resplandores de los ángeles, lleváis el alivio, el consuelo,

la dicha por todas partes, dominadas por los impulsos de vuestra noble naturaleza. La Cruz Roja, cuyos fondos caritativos habéis engrosado con vuestra laudable perseverancia; la protección útil que prestáis á las Cocinas Económicas; las diversas Juntas de Señoras, que funcionan en Salamanca, con el fin de llevar el óbolo de la caridad á las pobres casas donde reina la tristeza, la desolación y la miseria, hablan más alto que todo lo que yo pudiera decir en vuestra alabanza, que siempre sería un pálido reflejo de la realidad.

Podéis decir á los que tratan de elevaros que no es posible; que lo estáis mucho más de lo que ellos pudieran soñar, y que por más que hiciesen no añadirían un solo átomo á vuestro hermoso pedestal.

Antes de terminar, seáme lícito pronunciar algunas palabras de sincera, cordial y respetuosa gratitud hacia el Excmo. é Illmo. Sr. Rector, que ocupa dignamente el sillón presidencial, y que desde hace muchos años rige los destinos de esta Escuela, con gran beneplácito de cuantos estiman en lo mucho que valen sus grandes y públicos merecimientos.

Rindiendo culto al progreso científico, ha contribuido con todas sus fuerzas al sostenimiento de la enseñanza libre. A sus excelentes gestiones, como Jefe sabio y cariñoso, se debe en gran parte la existencia de las Facultades de Medicina y Ciencias Físico-Químicas. Cuando fué investido, por sus relevantes méritos, con el alto y honroso título de Senador del Reino, hizo cuanto pudo en beneficio de la Universidad y de las Facultades citadas, que amenazaban desplomarse al impulso de los huracanados vientos de la política. Hoy mismo, se afana, como siempre, cuanto puede por el mejoramiento de esta Escuela insigne, con honra de la misma y gran provecho de la enseñanza. ¿Cómo ha de extrañar que, á título de Doctor del Claustro y de Profesor humilde de

la Facultad de Medicina, tenga hoy el orgullo y la satisfacción, de proclamar en alta voz, desde este sitio, mi respetuoso agradecimiento?

Esta gratitud la hago extensiva al distinguido público que se ha dignado concurrir á este solemne acto, como también á las Excmas. Corporaciones Provincial y Municipal, que comprendiendo la importancia y beneficios que reporta á la Capital y á la Provincia el sostenimiento de las enseñanzas libres, las prestan su valioso apoyo, favoreciendo así muchos intereses morales y materiales, tendiendo una mano generosa á algunos jóvenes que acaso de otro modo no encontrarían medios para su instrucción científica, y rindiendo culto á las ideas del bueno y verdadero progreso, encarnadas en todos cuantos componen tan dignas é ilustradas Corporaciones. Y vosotros, apreciables y estudiosos jóvenes, que seguís con paso seguro la honrosa y difícil senda de la Ciencia, no desmayéis en el noble empeño de adquirir la verdad en el fondo de vuestros respectivos estudios. No olvidéis que el hombre al ser formado por el Divino Escultor, le señaló un fin distinto que á los demás seres animados. Le dotó de una superior inteligencia para pensar, y para que de ella brotasen torrentes de luz que esparcidos por el mundo se convirtieran en fuente inagotable de cuanto pudiera contribuir al bienestar de la humanidad.

No le concedió sus preciosas facultades para que se entregase sin freno al impulso de sus pasiones, sino para que su corazón y su espíritu hallasen gozo y complacencia en ejercer el bien allí donde fuese necesario, y en investigar la verdad rompiendo el misterio que la envuelve. Y si por ese malhadado influjo que domina en ocasiones al ser humano, sentís cierta propensión al mal, procurad vencerle someténdole al imperio de la razón. Enriqueced vuestra alma con una conducta bue-

na, que es la que decide de la vida y de la que depende la dicha y la prosperidad. Y ya que sois jóvenes, consagra el tiempo al trabajo honrado, que es lo que más ennoblecerá vuestro corazón.

En la ciencia del derecho debéis procurar, fundados en la ley y en el dictado de vuestra conciencia, que resplandezca siempre la verdad y la justicia. En la literatura, de cuyo conocimiento se desprende suave aroma de belleza, debéis apreciar la importancia de las lenguas y los altos hechos de la historia.

En la práctica médica, ya que no podáis sorprender el complejo y difícil misterio de la vida, buscad al menos con afán los medios adecuados para mitigar las molestias de la doliente humanidad, aun cuando para conseguirlo hagáis inmensos sacrificios, entre ellos el de vuestra propia vida. No olvidéis que el Médico, apesar del tormento que sufre al luchar muchas veces con el egoísmo y la ingratitud, debe tener fé inquebrantable y gozo sublime en el cumplimiento de su sagrado deber, y lo mismo en el campo de batalla, que en el lazareto de los apestados, en la aldea que en la ciudad, en todas partes debe verse la grandiosa majestad de esa profesión que se ejerce entre lágrimas, al compás de todos los dolores humanos, empapándose en la amargura del sufrimiento físico.

De este modo, dedicados al estudio y á sembrar el bien por todas partes, dejando atrás la bruma de los dolores y llevando delante el cielo plácido de las esperanzas, no tendréis ocasión de hacer germinar en vuestra mente perjudiciales inclinaciones, y apesar de vivir en un tiempo de indiferencia y excepticismo, no quedarán sin luz las cimas de vuestra alma, según feliz expresión de un orador elocuente (1), ni os dejaréis arrastrar por

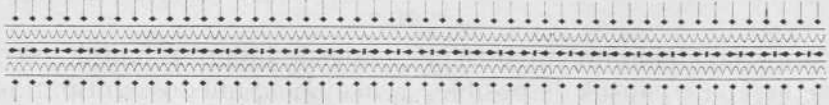
(1) D. Emilio Castelar.

el oleaje de frivolidad y codicia que tiende á invadir completamente el mundo.

No olvidéis jamás á vuestros Profesores, ni mucho menos demostréis nunca hacia ellos el feo y repugnante vicio de la ingratitud. Al pulimentar vuestra inteligencia para que de ella brotasen radiantes luces; al guiar vuestros pasos por el áspero camino de la ciencia; al daros desinteresadamente sanos consejos con objeto de labrar vuestra felicidad y vuestro bien; al establecer con vosotros esa especie de corriente eléctrica llamada simpatía, bien ganado tienen el agradecimiento que vosotros les prestaréis, seguramente, porque en los claustros de esta Universidad no caben espíritus estrechos, ni corazones mezquinos, sinó corazones grandes y almas nobles y leales.

Teniendo por estandarte la verdad, por escudo la moralidad y la honradez, y por armas la ciencia y el progreso, triunfaréis siempre de todos los obstáculos y seréis dignos hijos de esta Escuela, célebre desde su fundación, por absorber la gloria de todas las demás y concurrir á sus aulas escolares de todas partes. Si hoy se ha empañado algo su brillo, como consecuencia necesaria del período crítico porque está pasando hace tiempo nuestra querida patria, vosotros soís los llamados á prestar el concurso preciso, para que vuelva á recobrar su alto prestigio y así seréis acreedores á eterna gratitud, y secundaréis el noble ejemplo de tantos varones ilustres, que por sus grandes virtudes, fueron dignos hijos de la humanidad y de la ciencia.

HE DICHO.



NOTAS



I

EN el número 95 del año 8º de la *España Moderna*, correspondiente al 1º de Noviembre de 1896, se lee lo siguiente en la página 127: "Ahora, preciso es no confundir dentro de la tendencia *radical* del feminismo, el feminismo radical con el *radicalismo* feminista. Ambos tienen de común, como queda advertido, determinados puntos de vista capitales en cuanto á las aspiraciones de reforma; pero el *radicalismo* feminista, por ejemplo, en Bebel y en la señora Braun, y en muchos revolucionarios franceses, se distingue por sus soluciones violentas en lo tocante á la organización deseada de las instituciones que se estiman como fundamentales en la sociedad moderna. Este radicalismo feminista se ha manifestado muy vivo, quizá demasiado *al vivo*, en el Congreso Feminista de París, de Abril último, y muy ilustres defensores del feminismo estiman que, con grave perjuicio de la causa que el feminismo sostiene. Sin datos para

apreciar debidamente este juicio, desde luego se han de estimar como causas de posibles reacciones, miedos, antipatías y exageraciones en contrario, ciertas afirmaciones atrevidísimas, hechas sin contemplaciones de ninguna clase, en formas nada *diplomáticas*, desnudas de todo género de reparos, y sin miramiento alguno á las circunstancias de tiempo, y á la necesidad de lograr de una sociedad temerosa de derrumbamientos demasiado ruidosos, el máximum de lo posible, aunque este máximum de lo posible sea el mínimum de lo deseable. Es verdaderamente hablar en crudo, proponer la *inutilidad del matrimonio* sin pararse á dar explicaciones, como lo es defender la poligamia y otras ideas capaces de asustar aun á los que á diario practican el adulterio, ó sostienen en concepto de recurso salvador ¡higiénico! la prostitución, como estado civil reglamentado.....»

II

Leo acerca de este particular en *El Norte de Castilla*, de Valladolid, del 24 de Mayo actual, lo que sigue: “La mujer invasora. El movimiento feminista ha encontrado serios obstáculos en la Escuela de Bellas Artes de París. Esa mitad del género humano, tan ensalzada por la humanidad y objeto de tantas obras de arte bellísimas como en todos tiempos y edades ha producido el genio del hombre, ha sido hace pocos días objeto de la más ruda y empeñada lucha, por parte del sexo fuerte en el *cerebro* de Europa, en la ville lumiere. Ellas han invadido en la capital francesa las Facultades de Medicina y de Derecho, y no contentas con tal conquista, se han lanzado al terreno de la pintura. Era la única puerta que les estaba cerrada, *con gran contento de los alumnos*. Pero los nuevos reglamentos les han permitido franquearlas, y al hacerlo, han levantado las protestas del sexo feo. La rebelión sorda, la efervescencia que hace tiempo se notaba entre los alumnos de la Escuela, ha estallado últimamente. La calle de Bonaparte y con ella los que por allí

transitaban, fueron testigos de las escenas tumultuosas que se produjeron. Veinte jóvenes, émulos de Rafael, Rembrant y Ticiano, fueron arrojadas de las clases de pintura, silbadas y perseguidas con tal ensañamiento, que tuvieron que refugiarse en las casas para escapar de la furia de los terribles enemigos..... Por orden superior se cerraron las clases.,,

¿Causas de esta algarada? A creer á los alumnos son las siguientes: “Cuando una mujer sigue la carrera de Medicina ó Derecho no es por puro placer, sinó porque así lo siente y tiene vocación. ¿Cómo pensar que un ser delicado, débil y escrupuloso, en apariencia, guste de los trabajos hediondos de la clínica, de la disección del cuerpo humano, del estudio de toda clase de enfermedades por asquerosas que sean? ¿Cómo creer que vá á divertirla el árido discursar en el foro? Pero en cambio le es agradable dibujar ó emborronar hojas de papel, aguachinar cartulinas y manchurrear lienzos. Así es que allí van á divertirse impidiéndonos trabajar con tranquilidad. Lo mismo emborronan un papel, que inventan cien intrigas y chismes. Pasan la sesión charlando, riendo, besándose y jugando. Las clases de pintura y grabado continuarán cerradas hasta que resuelva el Consejo Superior.,,

III

Según se consigna en el ilustrado periódico ya citado *España Moderna*, año 8º, número 99, “las aspiraciones del feminismo son muy diversas. La mujer americana ha fundado la asociación para pedir su derecho de voto y sus derechos políticos más amplios. Se han fundado clubs de mujeres, contándose hoy 300. En Australia ha adquirido ya la mujer el sufragio político, y han votado en las elecciones de Abril de 1896. En Inglaterra tiene el feminismo un carácter devoto, piadoso y benéfico principalmente. En Noruega la mujer interviene contra el alcoholismo, formando parte de las asociaciones de templanza. En Francia, entre los dieciocho grupos de federación radical, la mayoría son de carácter filantró-

pico y profesional. En el Congreso de 1896 hubo gran propaganda feminista en el sentido de la emancipación.

En Alemania ya se ha dicho que existen muchos contrarios á las ideas feministas. Los profesores Treitschke y Schmidt llegaron á expulsar de su clase á las señoras que entraban en las cátedras, considerándolas como intrusas. La admisión de la mujer en los estudios universitarios es allí un problema, pues sometido á estudio el asunto, las opiniones se han dividido; los médicos son los más contrarios á declarar buenas aptitudes en la mujer para los estudios superiores. El socialismo tiene en ese país, como parte de su programa, las reivindicaciones feministas. La mujer ante el socialismo de Bebel es la expresión de las aspiraciones feministas del socialismo alemán. En los Congresos celebrados el año anterior resaltaron tres grupos de mujeres adictas: el conservador, el liberal y el socialista. Las que pertenecen al primero son decididamente filantrópicas ó caritativas; las del segundo se dedican á las cuestiones de enseñanza y educación, y las del tercero á los salarios.,,

IV

Hablando sobre el trabajo de la mujer y de los niños, se expresa dicho autor del modo siguiente:

“Se considera ya indispensable que el jornal de la madre entre á engrosar el presupuesto de la familia, sin que sea un obstáculo el que los hijos queden en un abandono tal, que pueda ocasionarles tarde ó temprano la muerte. En último término, al hijo no le está reservado mejor suerte, pues no bien llega á la edad marcada por la especulación, se le impone el yugo del trabajo *para que ganen*. No es menester mucho esfuerzo para comprender que la vida así materializada pierde todo su encanto y que un sistema semejante acaba por destruir los más dulces goces de la familia y los más nobles sentimientos del corazón humano. Con este género de vida no se comprende la paz y encantadora poesía del hogar doméstico; la vida de la fábrica llega á ahogar el amor en el

seno de la madre, al paso que la prolongada ausencia disipa la piedad filial de los hijos, y el marido entretanto echa de menos los cuidados que sólo sabe prodigar el inmenso cariño de una esposa. Muy luego los hijos aleccionados por perversos camaradas, buscan su independencia, y no se detienen hasta romper del todo los lazos que les unen á la familia, para entregarse sin cortapisa á los vicios más groseros. Todo obrero necesita de los consuelos y del amparo de la familia, y es regla general que cuanto menos viciado está su corazón, más echa de menos esa falta. A esta disposición de ánimo, debemos atribuir el que no hayan tenido gran éxito las cocinas populares ó casas de comidas para el pueblo, porque hasta los solteros prefieren comer en familia, aunque no sea la propia. Es, por tanto, una refinada crueldad privar á la mujer hasta del tiempo necesario para preparar á su esposo é hijos una comida limpia y sana.,

Al hablar del ímprobo trabajo de los niños y de sus funestas consecuencias, añade: "Pero es aún más desastrosa la influencia de estos trabajos en el organismo de la mujer. Asegura el Dr. Hirth que en un año abortaron de 141 mujeres que trabajaban en la industria de plomo, 82; y de 70 embarazos que tuvieron, en junto 11 mujeres, que padecían afecciones contraídas en la misma industria, acabaron por aborto 54. Efectos análogos produce el azogue, la anilina y el arsénico. En Wurtemberg, en el decenio comprendido entre 1846 y 1856, vinieron al mundo 34 criaturas muertas por cada 1.000 nacimientos, y en las operarias de ciertas fábricas la proporción fué de 765 muertos por cada 1.000 nacimientos. De los hijos de obreros empleados en la industria de plomo, murieron el 40 por 100 en el primer año, y al tercero había ya perecido, y en las fábricas de espejos de Fürth mueren en el primer año el 60 por 100 de los nacidos, mientras que la cifra normal no pasa del 20 por 100.

La mortandad de los niños es mucho mayor en los distritos fabriles donde las mujeres trabajan; en Inglaterra tenemos sobre este punto datos interesantes en extremo. Hay en este país quince distritos, en los que de 100.000 niños mueren antes de cumplir el primer año, 9.000; en uno de igual número solo 7.047 &. Está probado hasta la evidencia que la mortandad es menor donde menor número de mujeres trabajan. (Schaffle; capitalismo y socialismo, pág. 344).

El trabajo de las fábricas produce desastrosos resultados en las madres, inmediatamente antes y después de su alumbramiento. Sábese, en efecto, que cuando en virtud de una orden superior, la fábrica de Jean Dollfuss de Muhlhausen que hacía el año 1860 daba ocupación á 11.000 ó 12.000 mujeres, empezó á satisfacer sus jornales á las operarias durante las tres semanas que precedían y las tres que seguían á su alumbramiento, sin permitirles trabajar, disminuyó en términos la mortandad de los niños que cumplían el primer año 75, en vez de 62 ó 64 que de 100 alcanzaba esa edad antes de la mencionada reforma. Pero es evidente que no bastan esas tres semanas para que la madre y el hijo entren en un período normal.

Abstracción hecha de la clase de alimentos que en gran número de casos producen en los niños indigestiones mortales, la falta de leche materna basta para diezmar á los recién nacidos. Los médicos no atribuyen á otra causa la extraordinaria mortandad de éstos, que en muchos puntos alcanza hasta 44 por 100. (1).,

V

Veamos cómo se expresa Hitze acerca de este interesante punto: "Y si perniciosos y graves son los daños materiales, que ocasiona el trabajo en cuestión á las mujeres y á los niños, son aún mayores los perjuicios morales que reciben. Es á todas luces irracional y bárbaro emplear en trabajos puramente mecánicos á la mujer, á la sacerdotisa de la moral, al elemento esencialmente aristocrático de la casa, á la verdadera señora de la familia, y hacerla pasar su vida en centros fabriles, á veces rodeada de hombres extraños y expuesta á sufrir sus demasías, ó á oír al menos todo género de obscenidades, desempeñando en fin un papel en abierta contradicción con sus naturales inclinaciones. ¿Y qué dire-

(1) El Problema social y su solución, tres discursos de F. Hitze, versión del alemán.

mos de los niños, que como observa un testigo ocular en el *Diario de Maguncia (Mainzer Journal)* “no ven, ni oyen, ni aprenden otra cosa desde la edad de ocho años, en que para muchos empieza la vida de la fábrica, como sucede todavía en Alsacia, más que á fumar, maldecir, comer, decir obscenidades y cantar indecencias? Cuando lleguen á los catorce años estos pilluelos, se consideran como hombres completos, porque saben imitar todas las groserías de los hombres y desligándose de todos sus deberes filiales para con los autores de sus días, viven como pupilos en el hogar, y no dejan de hacer valer sus pretendidos derechos, si el padre intenta ejercer su autoridad indisputable.....” Los hijos de estos padres no pueden menos de nacer endebles y enfermos, y los pocos que sobreviven echan de menos los cuidados de la madre, que no puede atender sinó á su trabajo.”

VI

Roussel en su excelente obra *Sistema físico y moral de la mujer*, considera que el temperamento sanguíneo es el que pertenece á la mujer, pero añade que esto no quiere decir que no sea susceptible de todas las demás especies de temperamento: “Como mi objeto, dice, es presentar á la mujer en estado de salud perfecta, y como el temperamento sanguíneo reúne las más veces esta ventaja con la belleza, me fijé en ella, así como los pintores eligen entre todos los objetos que se ofrecen á su vista aquellos que marcan con más perfección la hermosura de la naturaleza.” No obstante esta afirmación, confiesa que la mujer se halla predispuesta á las afecciones convulsivas como consecuencia de la debilidad de su constitución; que tiene abundancia de vasos linfáticos; que sus tegidos son blandos y esponjosos; que la substancia celular que une las partes existe en mayor cantidad que en el hombre, y que eso contribuye á la elegancia y brillo de los miembros; que los humores son muy fluidos, lo que es muy natural porque los humores espesos exigirían fuerzas

motrices más considerables que las que pueden suministrar unos vasos extremadamente delicados y flexibles.

Vigarous opina lo mismo que Roussel, pero observa que dicho temperamento sanguíneo, se diferencia muy esencialmente del que se denomina del mismo modo en el hombre, por lo que no debe confundirse. Para dicho autor, el temperamento de las mujeres se compone de la expansión del tegido celular y de la flojedad de los órganos que á ella es consiguiente, del predominio del sistema linfático, de la demasiada acción del sistema nervioso, de la influencia de los órganos sexuales, y en especial del útero, que ocasiona más ó menos modificaciones.

Como se vé, todo concurre á considerar á la mujer dotada de un temperamento eminentemente linfático con gran predominio del sistema nervioso, idea que adoptan en general actualmente todos los Médicos.

VII

Desde tiempos antiguos se ha admitido que el peso y volumen del cerebro son un poco menores en la mujer que en el hombre. Según las investigaciones de M. Parchappe resulta, en efecto, una diferencia entre los sexos favorable al masculino en un undécimo poco más ó menos. (Tratado de Anatomía descriptiva.—P. H. Sappey). Huschke ha profundizado más teniendo en cuenta las edades. Después de haber reconocido que el encéfalo alcanza su máximo peso sobre los 30 años, ha comparado los cerebros masculinos y femeninos de esta edad hallando el peso medio en el hombre de 1.424 gramos, en la mujer 1.272, y por consiguiente 152 gramos de diferencia, evaluados en un 12 por 100. Broca ha tomado los datos consignados por Wagner en sus tablas, que corresponden á 347 cerebros sanos y clasificándolos por edades y sexos ha obtenido un cuadro en que aparece claramente que en todas las edades el peso medio del cerebro masculino es mayor que el de la mujer, que por término medio puede valuar en un 10 por 100. (La Creación: Historia Na-

tural, escrita por una sociedad de naturalistas y publicada bajo la dirección del Dr. D. Juan Vilanova y Piera.)

Respecto á si el volumen del cerebro está en relación con el grado de inteligencia, dice Sappey en su Anatomía descriptiva lo siguiente: "Las dimensiones del cerebro han parecido con bastante frecuencia estar en relación con la energía de las facultades intelectuales; Baldinger asegura que el cerebro de Cromwel pesaba 6 libras y $\frac{1}{4}$, peso equivalente á 2^k231; el *Diario de frenología* de Edimburgo, nos dice que el de Byron pesaba 2^k238; el peso de la masa encefálica de Cuvier era de 1^k829 y el de Dupuytren 1^k436. Las valuaciones relativas á las dos primeras celebridades adolecen seguramente de error ó de exageración, no así con lo que hace referencia á las dos últimas, pero de todo ello no puede sacarse ninguna conclusión general y apenas se podría aceptar como probabilidades en favor de la opinión que quisiera medir en el hombre el poder intelectual por el volumen de la masa encefálica.

Para obtener nociones más satisfactorias, M. Lélut ha pesado comparativamente un número igual de cerebros procedentes de idiotas y de hombres más ó menos inteligentes, sacando de este paralelo las conclusiones siguientes:

1^a El cerebro es más pesado y voluminoso en los hombres inteligentes que en los otros, en general.

2^a Esta proporción mayor de peso y volumen es en general más notable en los lóbulos cerebrales que en el cerebelo.

Esto, según el mismo observador, admite muchas excepciones, pero es una prueba de la ley general, que somete la energía de la función al desarrollo del órgano. De todos modos debemos de tener en cuenta, además del volumen y superficie, la naturaleza íntima del elemento nervioso que sin duda será siempre para nosotros una especie de misterio."

En la obra de Historia Natural (La Creación) antes citada, se consignan las mismas ideas declarando que no es lícito ni posible medir la inteligencia, sólo midiendo el cerebro. Pueden presentarse, sin duda, hombres iguales en inteligencia con cerebros desiguales en peso y recíprocamente, y un hombre superior puede tener el cerebro menos pesado que un hombre ordinario. Los cálculos, por lo tanto, que se hacen sobre este particular tratándose de sexos diferentes no ofrecen la seguridad apetecida.

VIII

No creo que haya exageración en llamar caprichosa la teoría del Sr. Ferrero acerca de las *solteronas*, como él dice, las que constituyen, según su opinión, un sexo distinto á los hasta hoy conocidos. Para desenvolver su curiosa tesis, asegura que la condición de la mujer que no se casa, y la supresión del amor y de la función maternal, estropea la personalidad femenina, porque una mujer que no es madre, ni esposa, es una mujer incompleta. Esta supresión vigoriza la personalidad haciendo posibles ciertos desenvolvimientos exagerados y algunas hipertrofias parciales. La reproducción implica, sobre todo en las mujeres, un gasto de fuerza fisiológica y psíquica al formar al nuevo ser con la materia misma de su organismo. Suprimido este gasto, el capital de fuerza queda á disposición de la mujer para fines personales; no goza de la inmortalidad fisiológica misma, pero la abolición del amor y la maternidad la hace dueña de todas sus fuerzas individuales. Como las obreras neutras de las colmenas, no son esposas, ni madres, forman un sexo nuevo (tercer sexo) y adquieren superioridad sobre las demás mujeres y aun sobre los hombres; llevan á la lucha por la vida una suma de fuerzas muy concentradas que les asegura casi siempre brillante victoria.

Los comerciantes é industriales ingleses que emplean las *spinters* (solteronas), dicen que están más satisfechos de ellas que de los hombres. En lo moral pierde también determinadas cualidades femeninas, que asemejándose algo á las del varón, las hace mostrar con frecuencia gustos masculinos y gran tendencia á imitar al hombre.

En casi todas se observa que aman en general á los animales, porque satisfacen así parcialmente los instintos maternos (?) Tal es, en pocas palabras, la teoría del célebre maestro italiano.

IX

El eximio escritor D. Severo Catalina en su excelente y poética obra *La Mujer*, se expresa del siguiente modo al hablar de la maternidad: “¿Recordáis por ventura los] años de vuestra infancia? ¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejábais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer? ¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa? ¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! ¡sí lo recordáis! El nombre de aquella mujer está escrito en el corazón; es el más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de madre nos representa aquella mujer, en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos meció por fin en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

La madre es nuestra Providencia sobre la tierra en los primeros años de la vida; nuestro apoyo más firme en los años siguientes de la niñez; nuestra amiga más tierna y más leal en los años borrascosos de la juventud., No pueden darse frases más hermosas ni que se acomoden más á la verdad.

X640979 431

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403409665

